

de las cuales ya hemos hablado largamente, fueron utilizadas para la interpretación de otras relaciones, quizá las más incomprensibles para nosotros los modernos: merefiero á la relación entre las relaciones actuales y las precedentes. En el seno de la primera sociedad (hablamos de los tiempos primitivos) la generación actual se reconocía con obligación jurídica respecto de las generaciones precedentes, sobre todo, respecto de la más remota, de la fundadora de su raza (no era sólo un simple sentimiento). Reina entonces la convicción de que no persistió en su duración la especie sino en virtud de los sacrificios y de los inventos de los antepasados, y que debe pagarse esta deuda en sacrificios y en inventos; se reconoce, pues, una deuda cuya importancia va en aumento, toda vez que los antepasados subsisten como espíritus poderosos que no cesan de interesarse por su raza y de concederla nuevos bienes y nuevos progresos... ¿quizá gratuitamente? Pero no existe lo gratuito para estas épocas bárbaras y pobres de espíritu. ¿Con qué, pues, ha de pagarse? Con sacrificios (primero en forma de alimentos), con fiestas, con santuarios, con testimonios de veneración, y sobre todo de obediencia, porque todas las costumbres son obra de los antepasados, expresión de sus preceptos y de sus órdenes; ¿acaso se les da nunca bastante? Este temor de no darles bastante se va aumentando, y á veces se da un pago monstruoso, el sacrificio del primogénito ó cosa así. El temor al antepasado y á su poder, la conciencia de la deuda, se va engrandeciendo á medida que la raza va siendo más victoriosa, más independiente, más temida y venerada. Por el contrario, la decadencia de la raza, los accidentes desastrosos, los indicios de degeneración, los síntomas precursores de la ruina, disminuyen

siempre la veneración y temor que inspira el espíritu fundador de la raza, porque dan una idea cada vez menos elevada de su inteligencia, de su previsión y de la eficacia de su poder. Imaginemos ahora esta lógica rudimentaria llevada á sus extremos límites; los antepasados de las razas más poderosas llegarán, con el engrandecimiento del imaginado terror, á tomar formas monstruosas y á perderse en las lejanías tenebrosas de lo extraño y de lo indefinible; el antepasado concluirá por tomar la figura de un *Dios*. Quizá todo el origen de los dioses haya que buscarlo aquí... y el que crea que fueron debidos á la *piedad*, podrá difícilmente sostener su tesis respecto de este período de la raza humana, que fué sin duda el más largo, el período prehistórico. Pero indudablemente, en el período *intermediario* en que se fundaron las razas aristocráticas, ofrecieron éstas á sus antepasados, á sus autores (dioses y héroes) todas las cualidades propias, las cualidades *nobles*. Más tarde diremos algo acerca del ennoblecimiento y exaltación de los dioses (que es preciso no confundir con su santificación); por el momento nos limitamos á seguir el desarrollo de esta conciencia de la deuda.

20. La conciencia de tener una deuda para con la divinidad, no se terminó con el establecimiento de la organización social. Así como la humanidad heredó los conceptos «bueno» y «malo» de la aristocracia (y también su propensión de establecer rangos distintos) así el mismo camino de la herencia transmitió la divinidad de los fundadores de la raza y el temor de no haberles honrado bastante. (Está marcada la transición por varios estratos de poblaciones esclavas y dependientes que se acomodaron al culto de sus seño-

res, ora por necesidad, ora por servilismo é imitación.) El sentimiento de una deuda para con la divinidad no ha cesado de crecer durante millares de años, según ha ido creciendo y desarrollándose la idea de Dios. (Toda la historia de las guerras, victorias, reconciliaciones, fusiones étnicas, se refleja en el caos de las teogonías; el progreso hacia el imperio universal es también el progreso hacia la universalidad de lo divino; y el despotismo allana siempre el camino del monoteísmo.) El advenimiento del Dios cristiano, que es la expresión más alta de lo divino, produjo también el máximum del sentimiento de obligación. Si suponemos que hemos entrado ya en el movimiento contrario, será lícito colegir por la decadencia de la fe en el Dios cristiano, la decadencia de la «conciencia deudora» en el hombre, decadencia hoy muy rápida; y hasta puede predecirse que el triunfo completo y definitivo del ateísmo libraré á la humanidad, de todo sentimiento de obligación respecto de su *causa prima*. El ateísmo es una especie de segunda inocencia.

21. Esto es todo lo que tenía que decir provisionalmente acerca de las relaciones de las ideas «deuda» y «deber» en su aspecto religioso: he omitido á propósito la moralización de estas nociones (su interiorización en la conciencia, mejor dicho, la complicación de la mala conciencia por la idea de Dios), y aun habrá parecido que yo ignoraba esta moralización, lo cual sería poner fin á la existencia de estas ideas faltando su primera condición, que es el «acreedor», Dios. En realidad, no es así. Con la moralización de las ideas deuda y deber, se quiso dar una dirección inversa al desarrollo que acabo de explicar, ó á lo menos detener este desarrollo.

Hubo, pues, de desaparecer la perspectiva de una redención definitiva: encontrando delante una imposibilidad de hierro, las ideas «deuda» y «deber», hubieron de tomarse, primero contra el deudor, de quien se apodera, como un pólipo, la mala conciencia, y en quien la idea de ser imposible la redención de la deuda, engendra la idea de ser imposible la expiación de este pecado («infierno»); en segundo lugar, contra el acreedor, ya sea éste el origen de la especie humana («Adán» el pecado original, privación ó disminución del «libre albedrío»), ya sea la naturaleza, de cuyo seno sale el hombre, y en la cual se supone ahora el principio del mal («diabolización» de la naturaleza), ya sea finalmente la existencia en general, que no vale la pena de ser vivida (pesimismo, nirvana, budhismo, etc.), hasta que por fin nos hallamos frente al espantoso y paradójico expediente que procuró á la humanidad angustiada un consuelo temporal, consuelo que fué el golpe de genio del cristianismo: Dios mismo, ofreciéndose en sacrificio para pagar las deudas del hombre, Dios pagándose á sí mismo, Dios redimiendo al hombre de lo irredimible, el acreedor ofreciéndose por el deudor, por amor al deudor, ¡quién lo creyera!

22. Ya se habrá adivinado lo que pasó bajo el velo de todo esto. Esta tendencia á torturarse á sí mismo, esta crueldad del animal-hombre interiorizado, encerrado en su individualidad, domado por el «Estado», inventor de la mala conciencia, como manera de hacer el único daño que podía, este hombre se apoderó de la hipótesis religiosa para llevar su propio suplicio á un espantoso grado de dureza y de intensidad. Una obligación para con Dios: esta idea fué para él ins-

trumento de tortura. Se imaginó á Dios como un contraste de sus propios instintos animales é irresistibles, y de este modo transformó estos instintos en faltas para con Dios (hostilidad, rebelión contra el «Señor», «Padre» y «Principio» del mundo); y plantándose bonitamente entre «Dios» y el «diablo», negó la naturaleza para afirmar lo real, lo vivo, lo verdadero, Dios, Dios santo, Dios justo, Dios castigador, Dios sobrenatural, suplicio infinito, infierno, grandeza inconmensurable del castigo y de la falta. Hay una especie de demencia de la voluntad en esta crueldad psíquica. Esta voluntad de hallarse culpable y réprobo hasta lo infinito; esta voluntad de verse castigado eternamente; esta voluntad de hacer funesto el profundo sentido de todas las cosas, y de cerrarse la salida de este laberinto de ideas fijas; esta voluntad de erigir un ideal, el ideal de «Dios santo, santo, santo» para darse mejor cuenta de su propia indignidad absoluta... ¡Oh triste y loca bestia humana! ¡A qué imaginaciones *contra natura*, á qué paroxismo de demencia, á qué bestialidad de ideas se deja arrastrar cuando se le impide ser *bestia de acción!*... Todo esto es muy interesante, pero cuando se mira en el fondo de este abismo, se sienten vértigos de tristeza punzante y enervante. No hay duda de que esto es una enfermedad, la más terrible que haya habido entre los hombres; y aquel cuyos oídos sean capaces de oír, en esta negra noche de tortura y de absurdo, el grito de amor, el grito de éxtasis y de deseo, el grito de la redención por amor, será presa de horror invencible... ¡Hay tantas cosas en el hombre que ponen espanto! ¡Fué por tanto tiempo la tierra un asilo de dementes!

23. Basta ya, acerca del origen de «Dios santo» —

más por sí misma, la concepción de los dioses no implica necesariamente este envilecimiento de la fantasía; aun hay maneras más nobles que esta autocrucifixión y vilipendio del hombre. Para convencerse de ello, basta poner la vista en los dioses de la Grecia, en esta imagen refleja de hombres nobles y orgullosos en quienes el animal humano se sentía divinizado y no se despedazaba á sí mismo lleno de furor. Por el contrario, «estos griegos» se sirvieron de sus dioses para inmunizarse contra toda veleidat de «mala conciencia», para gozar pacíficamente de su libertad, es decir, en sentido opuesto al Dios del Cristianismo. Y fueron lejos en tal camino estos muchachos de corazón de león, fueron quizá demasiado lejos, como les dice Zeus Homérico:

¡Es extraño ver cómo los mortales
se quejan de los dioses!
¡De nosotros viene, dicen, todo el mal!
Sin embargo, también ellos
con sus locuras crean sus males, y no el destino.

Pero se advierte que este espectador olímpico no por eso les quiere mal ni les guarda rencor. «Son locos» dice. Y esto mismo era lo que admitían los griegos de aquella época heroica:—¡Locura y no pecado! ¿Comprendéis?... Y aun este trastorno cerebral era para ellos un problema:—¿Cómo era posible? ¿cómo este trastorno cabe en cabezas como las nuestras, en nosotros nobles, nosotros felices, distinguidos, virtuosos?—Esta cuestión se planteaba el griego aristócrata en presencia de algún crimen de su raza.—«Un dios le ha cegado», decía finalmente. Este subterfugio es *típico* entre los griegos... He aquí cómo enton-

ces servían los dioses para disculpar á los hombres— para tomar sobre sí, no sólo el castigo, sino también (¡cosa más noble!) la falta...

24. Termino planteando tres problemas. «¿Elévase aquí un ideal ó se derriba?»—se me preguntará tal vez.—¿Pero os habéis preguntado jamás vosotros á qué precio ha costado siempre en este mundo la edificación de *todo* ideal? ¿Cuánto hubo de calumniarse á la realidad, cuántas mentiras se hubo de santificar, cuántas conciencias hubo de turbarse, cuántas divinidades hubo que sacrificar? Para edificar un santuario es menester destruir otro. Nosotros los modernos somos herederos de una vivisección de conciencias, de un maltrato ejercido contra nosotros por millares de años; estamos habituados á esto, y en esto hacemos consistir nuestra maestría, nuestra perversión de gusto. El hombre ha mirado con mal ojo por mucho tiempo sus inclinaciones naturales, y las ha identificado con la «mala conciencia». No es imposible una tentativa en sentido contrario; ¿pero quién sería bastante fuerte para emprenderla? El caso era identificar con la mala conciencia todas las inclinaciones antinaturales, todas las aspiraciones contrarias á los sentidos, á los instintos, á la naturaleza, al animal. ¿En quién pueden hoy fundarse tales esperanzas? Tendría contra sí á todos los hombres de bien; y además á los indiferentes, conciliadores, vanidosos, exaltados ó fatigados. Atraería sobre sí la enemistad de todo el mundo. (Y por el contrario, ¡qué benevolencia, qué afecto nos demuestra el mundo cuando obramos como él!) Sería necesario un género de espíritus diferente de los actuales, espíritus enfortecidos para la guerra y la victoria, en quienes la conquista, las aventuras, el peli-

gro y el dolor fueran necesidades; sería necesario el aire vivo y ligero de las alturas y de las nieves perpetuas; sería necesaria una malicia sublime y consciente, la malicia de la salud plena; sería necesaria, y es triste decirlo, una gran salud. ¿Pero es hoy esto posible?... Sin embargo, en una época cualquiera, en algún tiempo más robusto que el actual, será necesario que venga este hombre *redentor* del grande amor y del gran desprecio, este espíritu creador cuya fuerza de impulsión le hará ir cada vez más lejos de todo lo sobrenatural, el hombre cuya soledad será menospreciada por los pueblos como si fuese una huida: este hombre profundizará, se abismará, se enterrará en la realidad, para resucitar un día y redimirla de la maldición que el ideal actual hizo pesar sobre ella. Este hombre del porvenir que nos librará del ideal actual y de su natural consecuencia, el gran fastidio, el nihilismo; este sol del Mediodía y del gran juicio; este salvador de la voluntad, que devolverá al mundo su finalidad y al mundo su esperanza; este antinihilista, este vencedor de la nada, es necesario que venga un día...

25. Pero, ¿quién me manda hablar así? ¡Basta, basta! Aquí debo guardar silencio, porque invadiría un terreno que está reservado á otro más joven que yo, á otro de más porvenir, á otro más fuerte que yo, quiero decir, á *Zaratustra*, á *Zaratustra el impío*.